



Una fiesta popular carnavalesca: Los ayuntamientos fingidos en el Señorío de Molina



Una de las percepciones que se recrea año tras año cuando se vive en el medio rural es que el tiempo no es sólo una magnitud física sin cualidades, plana y carente de contenido, sino también una sucesión de vivencias que cambian con las estaciones y los ritmos de la naturaleza. Si hoy todavía la interacción entre el ser humano y el medio es perceptible, cómo sería esto en el pasado, cuando la propia supervivencia dependía de estos cambios.

El Carnaval basa su razón de ser en esta realidad. El Carnaval es la lucha anual del ser humano por propiciar la regeneración de la naturaleza, por ayudar a la primavera a vencer al invierno por medio de rituales que antaño eran algo más que formas, indumentarias y colores.

Una de las manifestaciones carnavalescas más sorprendentes que se repiten o repetían año

tras año en el territorio histórico de Molina era la elección en algunos pueblos de ayuntamientos fingidos, ayuntamientos falsos, efímeros y burlescos. Alcoroches, Alustante, Selas y Setiles, conservan algunos vestigios de este tipo de tradiciones que, estoy seguro, se repetían en tantos otros pueblos de esta tierra. En estas fiestas los jóvenes se repartían los cargos de las corporaciones al uso: alcalde, juez, secretario, etc.; y vestían con la indumentaria propia de éstos: capa y sombrero, en el pasado símbolos de la venerabilidad civil. En Alustante los mozos visten todavía unas chaquetillas rojas ribeteadas de dorados, bordado a la espalda el cargo que ejerce cada mozo. En estos días ellos realizan cuestaciones pidiendo dinero, comida y bebida a los transeúntes y por las casas, celebran cenas y bailes, ocupan los bancos de la justicia en la misa: son los dueños del pueblo.